

Diario de una militancia

María Eugenia Vásquez P.*

INTRODUCCIÓN

Hace casi diez años comencé a elaborar mi autobiografía como uno de los medios a mi alcance para adaptarme a vivir dentro de los parámetros de legalidad o institucionalidad que había abandonado cuatro lustros antes para hacer parte de un grupo insurgente, el Movimiento 19 de Abril, M-19.

Por más de dieciocho años, la militancia constituyó la razón fundamental de mi existencia. La decisión de renunciar a ella me dejó frente a la vida como si ésta fuera una hoja de papel en blanco. En medio de ese vacío, encontré un asidero en la decisión que me llevó a buscar sentidos para vivir en una profesión como la antropología. Hoy más que nunca creo que opté por un camino acertado. De otra manera, quizás no hubiera podido enfrentar un cambio tan radical. Hoy considero imprescindible el apoyo que me brindaron las herramientas de análisis propias de esta disciplina.

LA ANTROPOLOGÍA: UN PUNTO DE PARTIDA

El trabajo autobiográfico presentado como monografía de grado resolvió algunos problemas imposibles de identificar plenamente y de vincular desde el comienzo. El primero —y quizás el más claro—,

* María Eugenia Vásquez Perdomo ha hecho parte de los equipos de trabajo comunitario que la Fundación Social ha auspiciado en ciudad Bolívar. También ha tomado parte en los programas de reinserción y paz de la misma Fundación, de la cual hoy es profesional operativa.

se relacionaba tanto con la búsqueda de un oficio diferente al que había ejercido durante casi la mitad de mi vida, como al abordaje de la comprensión de una realidad bastante compleja desde otras perspectivas que enriquecieran el punto de vista meramente político. El segundo, tenía que ver con la obtención de un título universitario, desechado en el pasado, que cobró importancia por la necesidad de tener un sustrato institucional para ubicarme en la sociedad con un carácter propio y distinto al del pasado. Es preciso aclarar que para el momento en el cual tomé esta decisión, todavía no se concretaban las negociaciones de paz. El tercero, comprende el proceso de reconstrucción o de resignificación del proyecto de vida, que al no ser intencional —y tal vez por ello— tan sólo se hizo consciente, en mi caso, después de más de tres años del ejercicio.

Para comenzar, realicé un trabajo etnográfico sobre mi propio ciclo vital, incluyendo la forma como fui socializada en la cultura desarrollada por la militancia del M-19, así como la reflexión sobre los hitos *educativos* que marcaron mi ingreso y pertenencia a ese grupo insurgente. Estos esfuerzos me permitieron comprender algunos de los elementos que me hacían *diferente* a la mayoría de personas de mi entorno y, de esa manera, trabajar sobre las estrategias necesarias para disminuir la angustia generada por el proceso de retorno a la vida civil.

Mientras escribía sobre mi vida, y aún hoy todavía, no dejo de sentir cierto recato al colocarme como objeto de estudio porque implica hacer pública mi intimidad. Estas dudas y este recato provienen de los silencios a los cuales nos acostumbramos en la clandestinidad, de la poca importancia que concedíamos a lo cotidiano en los espacios políticos y de una formación académica dentro de la cual no era usual que una autobiografía tuviera legitimidad como documento antropológico.

La intención de este artículo no es precisamente describir la manera de vivir dentro de un grupo guerrillero urbano tal como lo presenta el texto autobiográfico, sino revisar la metodología utilizada para llegar a las fuentes del recuerdo y para construir el relato, sin dejar de lado el proceso interno de quien, en este caso, representa el doble rol de investigadora e informadora, y el papel del Diario Intensivo como instrumento insustituible para *calibrar* a quien se observa a sí misma.

NARRACIÓN AUTOBIOGRÁFICA Y SENTIDO DE VIDA

En enero de 1989, después de más de una década de lucha armada, el M-19 firmó un acuerdo mediante el cual renunció a las armas para concertar un nuevo pacto social que pudiera servir como base a la paz. Ese nuevo pacto se concretó en la Constitución de 1991. El lapso transcurrido entre la firma de los acuerdos y la convocatoria de la Constituyente fue un tiempo difícil para el Movimiento y cada uno de sus integrantes. Ni el país, ni la gente de los bandos hasta el momento enfrentados, podían comprender a cabalidad las implicaciones de un cambio tan profundo.

Me adelanté un año al Eme en la decisión de abandonar la vía armada, y desde 1988, inicié un retiro gradual de la militancia política. Esto implicó buscar una opción de vida diferente y un oficio distinto al de la guerra. También a comienzos de 1989, cuando entré en la oficina de profesor Luis Guillermo Vasco en la Universidad Nacional, tenía un deseo y una única certeza. Mi deseo era el de retomar la antropología como un lugar desde el cual abordar el estudio de la realidad, y la única certeza, aquella de que en mi pasado reposaba una fuente de experiencias para explorar los caminos de una paz que se hacía cada vez más urgente para el país. Desde el primer semestre universitario, y a lo largo de mi carrera, el profesor Vasco fue un referente académico fundamental. Gracias a él, durante mi estadía en prisión (1981-1982), había retomado los estudios de antropología e incluso presentado un proyecto de monografía que debí aplazar, una vez más, por las exigencias de la clandestinidad. Siete años más tarde, volver a la antropología era no sólo una alternativa, sino una necesidad vital que me permitía situarme en una perspectiva de análisis para entender esa realidad a la cual me enfrentaba con el retorno a la civilidad.

Después de escuchar los difusos objetivos de la propuesta para trabajar mi propia experiencia, buscando aportar a la reflexión que se hacía en el momento, Luis Guillermo Vasco me remitió al profesor Jaime Arocha, quien había participado en la Comisión de Estudios sobre la Violencia, cuyo informe se publicó en 1987 bajo el título *Colombia: violencia y democracia*.

Cuando conocí a Jaime Arocha, ya el profesor Vasco lo había enterado de mi idea. Me costaba tanto hablar, que por poco salgo de su oficina sin decirle nada. El gran secreto que había constituido mi vida se me atoraba en la garganta. Por fortuna, Jaime Aro-

cha tenía una propuesta: realizar un trabajo etnográfico en el cual yo fuera sujeto y objeto de estudio. Se trataba de buscar la información dentro de mí misma a partir del recuerdo. Para ello contaba con un instrumento metodológico: el *Diario intensivo*, una práctica de autoanálisis desarrollada por el psicólogo Ira Progoff (1984).

En entrevistas posteriores me instruyó en el manejo de algunos elementos para iniciar el trabajo. Comencé los ejercicios del *diario intensivo* en febrero de 1989. A partir de esa práctica el recuerdo se fue liberando y adquirió, con el paso de los días, un ritmo propio e incontenible que desbordaba la rigurosidad metodológica. Ya las imágenes del pasado no esperaban a ser convocadas en un ámbito especial al terminar el día o en las madrugadas antes de salir para la oficina, ni daban la oportunidad de ser ordenadas en fichas. Me asaltaban con cualquier pretexto. Los recuerdos me tomaron ventaja, e invadieron como una avalancha mis días y mis noches. Así, decidí escribir cuando tomaban vida en mi memoria, y como las fichas resultaron estrechas, entonces lo hice en lo que tuviera a mano: agendas, libretas y cuadernos, servilletas, reversos de recibos o papeles sueltos. También —siguiendo indicaciones de mi tutor— grababa mis sueños apenas despertaba, sin dar tiempo a que se borraran, tratando de atrapar y describir las sensaciones que los acompañaban.

Era un proceso que me causaba algunos segundos de alegría, mientras retenía los momentos vividos, pero instantes después, me encontraba frente al dolor que deja el vacío. Más de la mitad de las evocaciones se convertían en fantasmas porque eran muchos mis muertos. Mi pasado se parecía a los caminos del país después de los años cincuenta, con una cruz señalando donde había caído uno u otra. Recordaba, escribía y lloraba. Lloraba y recordaba... así obtuve la información básica. Sobre el material producido, el profesor Arocha hacía preguntas que guiaban emotividad y memoria hacia reflexiones más profundas.

Una de esas primeras preguntas, fue «¿Cómo enterraban a sus muertos?». El profesor se interesaba, básicamente, en comprender el posible ciclo vital dentro de una cultura creada para la *conspiración*.

Tardé en responderle que yo nunca había visto los cadáveres de mis muertos, ni siquiera el de mi hijo. Tampoco presencié ceremonias fúnebres en la guerrilla, ni enterré a mis compañeros. Tan sólo tenía memoria de los actos conmemorativos, durante los cua-

les se rendía homenaje a los muertos o héroes caídos. En estas efemérides, recordar los nombres, las acciones destacadas durante la vida o las circunstancias de la muerte de algunos personajes era algo muy importante para la construcción y consolidación del imaginario épico guerrillero.

Entonces comencé a leer sobre ceremonias y rituales en torno a la muerte y entendí que quizás me rondaban los fantasmas porque no tomé parte activa en ninguna ceremonia fúnebre por mis seres queridos y, por lo tanto, no di alguna forma de trámite personal al dolor. Entonces, seguí ahondando en mi relación con la muerte y los muertos, conforme nuestro a renglón seguido, tomando el aparte de mis diarios que aparece en letra cursiva:

En abril de ese mismo año, la policía asesinó a mi mejor amigo, Afranio Parra. De nuevo el zarpazo de la muerte me sorprendió y al comienzo me pareció imposible sobrevivirlo. Un frío intenso entre el pecho y el estómago me hizo sentir que moría otro pedazo de mí. Caminé sola por la calle, lloré impotente, maldije el proceso de paz que desarma mentalmente a los guerreros pero no a los asesinos. Me dolió la vida, me pesó la soledad. Luego quise oír música y fui a una taberna. Necesitaba llenarme de sonidos, ya no podía más con el silencio de mis muertos.

Pasé la noche despierta, apretando entre mis manos el cuarzo que Afranio me regaló como protección, invadida de imágenes en blanco y negro sobre vida y muerte. Al amanecer había tomado una decisión. Me acompañaba una extraña fuerza como surgida de mis propias cenizas. El dolor me exigía convocar la vida para exorcizar la muerte que me tenía harta, iría al velorio de "El Viejo" para llorarlo y entender su ausencia. Para vivir el luto a fondo y no eternizar este nuevo dolor al dejarlo en el aire. Por primera vez quería ver el rostro de la muerte para poder encontrar la vida.

Busqué a Iván, uno de mis compañeros de lucha, como cómplice para realizar el ritual. Fuimos a la Casa Gaitán donde estaba el cadáver. Entre la multitud encontré a sus hijos, a la Chacha su mujer más permanente, a sus viejos, a nuestros amigos, a la gente del pueblo, su gente. A él no pude verlo al comienzo, era imposible porque todos se agolpaban en torno al ataúd. Cuando pude acercarme, lo miré despacio, con miedo a afrontar por primera vez su silencio. Y le hablé:

«Afra, viejo, aquí estoy. Te voy a llorar. Me quedo en el velorio para entender que estás muerto, de tanto verte inmóvil en esa caja. Para aprender a no esperar más tu abrazo fraterno... porque si no entierro contigo esta tristeza y a todos mis muertos no sepultos, me muerdo».

Allí a los pies del féretro me sentí más serena. Estuve largo rato contemplándolo sin dejar de hablarle como si aún pudiera oír. Hasta me dio

risa cuando noté que lo habían amortajado con un hábito de fraile y pensé que su alma de guerrero no estaría a gusto en esa funda de santo.

Me impresionaron sus manos. Su esencia estaba aprisionada en ellas, no sólo porque sostenían el colmillo de jaguar, el cuarzo, una rosa y las espuelas de Carey que le llevé para sus riñas de gallos en el cielo, sino porque siempre habían acompañado la magia de sus palabras con una gesticulación incansable. Y ahora reposaban inmóviles sobre el pecho como signo inequívoco de su muerte.

Solo me retiré cuando llegaron los mariachis. Le gustaba tanto la música a mi viejo, que sembró en su hija una voz de jilguero y la memoria de sus canciones. Milay cantaba en el velorio de su padre para complacerlo antes de que se fuera del todo.

Durante las noches del velorio, en torno a una fogata, cantábamos, contábamos cuentos y anécdotas. Nos juntamos los viejos amigos, la familia, los paisanos, sus mujeres y las amigas, para acompañarlo hasta que se nos pasara a todos, incluido él, el asombro de su muerte y la aceptáramos. Entonces, Afranio podría irse tranquilo más allá de la vida.

Luego de este proceso, que resistí gracias a las reflexiones iniciadas dos meses antes en torno a la muerte, pude escribir un primer borrador de diez páginas sobre el tema. Para hacerlo, llamé a uno por uno de mis fantasmas, medí su ausencia e indagué por la importancia de su recuerdo en mi vida. Luego de inventariarlos, los clasifiqué, les di su lugar. Fue la parte más dolorosa; yo quería estar con ellos. Deseaba morir y, a la vez, sólo viviendo podía recordarlos, que era una manera de re-vivirlos, de tenerlos conmigo. Creo que por fin aprendí a convivir con ellos.

El mismo ejercicio de preguntar sobre la información recopilada se repitió muchas veces con diferentes temas, como el amor, por ejemplo. De esa manera, comencé a entender algunas cosas, a encontrar ciertas lógicas o cadenas relacionales, a reconocer mis diferencias y mis puntos comunes con los otros. Sin embargo, la vida continuaba su recorrido sin rumbo fijo y yo, a duras penas, manejaba una realidad todavía arisca a mi comprensión.

No podría hablar de tiempos precisos. Los procesos son tan caprichosos. Pero más o menos cuatro años después de haber iniciado el trabajo, encontré que una manera de ordenar el material era dándole una secuencia temporal, y así nació un texto coherente.

El relato de mi vida tiene los claroscuros propios de una construcción de memoria hecha desde el presente y basada en una serie de recuerdos y olvidos, de distorsiones que obedecen a ciertos patrones, y que finalmente, constituyen una imagen elaborada arte-

sanalmente. Una artesanía que ofrecer a quienes leen la narración, los abstractos compañeros de viaje que interactúan conmigo por medio de sus preguntas al texto o sus discrepancias. Esa imagen recreada, seguramente re-tocada, contiene un amasijo de identidades que permitieron armar a la mujer que soy en la actualidad, e hicieron posible que yo renaciera mientras la confeccionaba. En mí, la memoria actuó como fuerza vital.

Describirme, hacer etnografía sobre varios segmentos de mi vida, me permitió reconocer paulatinamente mi condición social, reconciliar pasado y presente, comprender la vida como proceso y rechazar la imposición de un *ex* militante y guerrillera que fracturaba mi identidad, visibilizar las múltiples mujeres que me habitaban, aceptar mis miedos, mis debilidades, y aprender a convivir con mis amados fantasmas sin que dolieran tanto. Pero también en esa actividad *oscilante*, como la llama Mónica Espinosa en un aparte de su *Diario* (1994), al acercarme y alejarme del pasado, pude reflexionar sobre algunas concepciones, prácticas y hábitos aprendidos y al hacerlo, transformar los que dificultaban mi convivencia inmediata. El escrito y yo nos influimos mutuamente, nos afectamos permanentemente.

Gracias a ese ejercicio, encontré sentidos y explicaciones antes invisibles. Supe que la vida tiene razones y sinrazones y que en ese universo inmenso de la existencia humana, vale la pena cualquier intento por comprender una fracción. Por ello, considero que la narración autobiográfica arroja algunas luces sobre *la manera de ser* de un sector de ciudadanos y ciudadanas que apostaron, ayer con las armas y hoy sin ellas, a la posibilidad de una real apertura democrática en el país y al que muchos no perdonan la transgresión. Pero, también quiero decirles, que realizar este trabajo cumplió un objetivo inesperado: me permitió vivir.

EL DIARIO INTENSIVO COMO RECURSO ETNOGRAFICO

Una propuesta del profesor Jaime Arocha (1989) integra los aportes del antropólogo británico Gregory Bateson con el recurso del *Diario intensivo* de Proggoff. Los planteamientos de Bateson, a la vez que enriquecen el método etnográfico con su aproximación a teorías del discurso sobre la comunicación no verbal, buscan

«terminar con la escisión, creada por Occidente, entre mente y cuerpo, palabra y gesto, razón y corazón»¹ para hacer posible una mirada más integral sobre las culturas. Y el *Diario intensivo*, instrumento metodológico diseñado para el autoanálisis, no solamente facilita el registro y sistematización de las observaciones del etnógrafo, sino sus percepciones más profundas de la realidad y las confrontaciones permanentes entre *su ser* y el *ser del otro*.

Combinando estas dos miradas, el profesor Arocha encuentra una alternativa de investigación etnográfica que destaca la interacción entre quien investiga y quienes son investigados, y se esfuerza en mantenerse alerta frente a la complejidad del proceso intersubjetivo que implica una permanente negociación cultural interna.

La propuesta en mención se puso en práctica dentro del *Observatorio de Convivencia Étnica en Colombia* (1989) y con ella se han realizado varios trabajos de investigación. Entre ellos, figuran los de Tomás Eduardo Torres (1989), Mónica Espinosa (1994) y José Fernando Serrano Amaya (1994), así como uno derivado de ese esfuerzo, el que Mónica Espinosa realizó con el pintor indígena Benjamín Jacanamijoy (1995). En el trabajo titulado *Negua: música y vida*, Tomás E. Torres incursiona en su pasado para mostrarnos *su alma cultural*, como llama Jaime Arocha en la introducción a la herencia naguaseña que hizo de Torres un músico virtuoso. Mi autobiografía tuvo la misma intención de buscar en las experiencias pasadas, con especial atención en las representaciones iconográficas, esos rasgos específicos que constituían *la manera de volverse Eme* y tejerlos en un relato.

Fuí tomando conciencia de que volverse Eme implicaba un proceso de aprendizaje gracias al cual adquiriríamos aquellas destrezas, conocimientos y formas de actuar que nos permitían realizar con éxito las tareas subversivas y sobrevivir en la sombra de la clandestinidad. Ese conjunto de elementos constituían nuestra *cultura clandestina*. Una cultura creada para actuar contra el establecimiento, una cultura instrumental, diseñada por quienes eran nuestros jefes y tutores con un fin determinado. Dicha cultura involucraba una serie de conductas que se transmitían a la militancia en la práctica cotidiana y se legaban de unas generaciones a otras. Nuestro adiestramiento fue similar a cualquier proceso de encultura-

¹ Jaime AROCHA. "Gregory Bateson, reunificador de mente y naturaleza". En revista NÓMADAS, No. 1.

ción, pese a que se daba en campos muy particulares: adoctrinamiento político, entrenamiento militar, normas de seguridad, conciencia permanente sobre alertas de peligro, técnicas para realizar observaciones utilitarias sobre el entorno, y un manejo gestual y corporal que además de simular o disimular la actividad soterrada, nos permitiera comunicarnos con códigos preestablecidos.

La puesta en marcha de esa manera de actuar requería un esfuerzo consciente para no ser detectada, para conspirar sin delatarse. Permanentemente, la cultura clandestina y la cultura ciudadana se superponían en un juego de *hacer sin que se notara*. adquiríamos conductas que no podían ser evidentes y nos permitían sobrevivir.

En el relato autobiográfico es posible diferenciar tres momentos de socialización: el primero, en la cultura propia de una familia colombiana de clase media que vive en la ciudad; el segundo, en la cultura clandestina del M-19, un movimiento guerrillero urbano; el tercero, un momento de deconstrucción de algunos hábitos aprendidos para la clandestinidad que obstaculizaban el retorno a la civilidad. Esta última parte puede dar algunas luces sobre la complejidad de los procesos llamados *de reinserción*.

La lente cultural aplicada —permanentemente— por el profesor Arocha sobre mis fichas y escritos de reconstrucción de memoria, confirieron al relato subjetivo un interés antropológico.

A continuación, hago un recorrido por el proceso metodológico.

PRIMERO FUE EL RECUERDO

Para iniciar una expedición en la memoria, como lo requería este trabajo, se comienza por crear un ámbito adecuado para la tranquilidad y el silencio. De otra manera, no es fácil llegar a *sentirse* y preguntarse *¿cómo estoy?* en ese momento de la vida. Así se estimula una lluvia espontánea de imágenes que posteriormente da paso a cadenas de asociaciones y evocaciones. Es lo que se denomina la retroinformación, durante la cual se llegan a recordar los eventos importantes de la vida porque ellos, a su turno, estimulan nuevas asociaciones. Las asociaciones iniciales y las sensaciones ampliadas con las imágenes logradas en sueños y ensoñaciones van construyendo el *ahora*. Logrado ese primer reflejo de sí mismo, el diarista pasa a elaborar entradas simples referidas a los sucesos de cada día y las consigna en una bitácora. Una vez realizados los ejercicios so-

bre el *ahora* y el *recuerdo*, luego de tener quizás veinte entradas en la bitácora, se llevan a cabo *arqueos* mediante lecturas de los sucesos, siempre tratando de alcanzar un estado similar al de la vigilia. Se trata de dar rienda suelta al conjunto de destellos e imágenes que puedan resumir el sentido de ese primer momento de autoobservación y autonarración. Estos ejercicios de recapitulación, también pueden llevarse a cabo tomando como base un punto climático de la propia existencia. Progoff los considera como mojones que pueden incluir las encrucijadas de la vida, cuando el diarista optó por un camino, dejando de lado otro. Como es lógico, en mi caso una de esas encrucijadas la constituyó el ingreso a la militancia y la clausura del camino profesional. Otra, el abandono de la militancia y el intento por reencontrar mi ser antropológico. Así, la suma de arqueos, mojones e intersecciones permite ir encontrando hilos conductores entre pasado y presente, coherencias y disociaciones entre sentir y actuar, lógicas que acompañan las decisiones, en fin, se camina hacia el conocimiento de uno mismo y de su relación con los otros, con el entorno, con el oficio y con lo escrito, inclusive.

La utilización del Diario implica una disciplina, en especial mientras el diarista se adiestra en los tres ejercicios básicos: narrar sueños y ensoñaciones, suscitar las lluvias espontáneas de imágenes y sistematizar el resultado de las dos primeras prácticas (Arocha 1994, sobre Bateson). Y logra integrar en la bitácora las diferentes dimensiones: vida y tiempo, profunda y de diálogo, proceso descrito por Benjamín Jacanamijoy (1995). Estas tareas para mí no fueron fáciles. Al comienzo, estuve a punto de abandonar tanto rigor, pero me mantuve sorprendida por la avalancha de recuerdos, la nitidez de imágenes y evocaciones, así como por la activación de mi capacidad onírica. Pronto encontré mis propios ritmos y fui adaptando el Diario a mis necesidades.

Los ejercicios habían dado con la clave para pulsar el recuerdo a partir de lluvias de imágenes y las asociaciones que de allí surgían. Fue como si la cadena del recuerdo comenzara a rodar y pusiera en marcha el engranaje complejo que conforma la memoria. Las imágenes del pasado ya no esperaban a ser convocadas de manera juiciosa, simplemente me desbordaban, se activaban con cualquier apoyo sensorial, olores, música, sonidos de la ciudad, colores, formas y parecidos personales, sitios, nombres, sabores, texturas, también ante las sensaciones de soledad, miedo o emoción, placidez, afecto, frío o calor, y lo hacían en cualquier momento. En ese

tiempo yo vivía como alucinada con mis recuerdos. Entonces abandoné las fichas y comencé a escribir en cuanto tenía a mano, eso dificultaba mis arqueos periódicos porque debía acudir a cuadernos, agendas, servilletas, papelitos de todo tipo y tamaño.

Julio 20 de 1989. Sentada en mi escritorio de funcionaria en la empresa constructora donde trabajo finjo ser la que no soy. Nadie adivina hacia dónde van mis pensamientos mientras llueve... Lluvia, árbol. Las gotas de agua resbalan por las hojas hasta la tierra, suena la lluvia al caer sobre el suelo. Más allá, las calles mojadas. Sensación de melancolía, todo se moja. Recuerdo mi paso por el río Mira...

Todavía me siento a la deriva... Hace ocho años, la lluvia me caía a torrentes sobre el cuerpo cansado y entumecido. Cerraba los ojos para dormir y el agua se metía por todas las rendijas de mi cuerpo. Ya no estaba a mi lado Alfredo y el vacío formaba lagunas en el alma. Con él todo era más fácil, el amor da fuerza. Sin embargo, confiaba, éramos muchos y entre todos podíamos salir de ese atolladero, de la manigua, de la maldita selva que nos engullía con todo y armamento.

Cuando desembarcamos en la ribera del río, ya estábamos empapados y así permanecemos durante el tiempo interminable en que caminamos la selva. Llovía, era el mes de marzo. De día calor pegajoso, de noche frío pegajoso... barro, sudor, cansancio, hambre. Rabia... ¿cómo parar la maldita lluvia, cómo guarecerse de ella? Finalmente me abandonaba... Estábamos tan solos frente a la naturaleza. Estábamos perdidos, pero éramos muchos y nos queríamos.

Hojas verdes, humedad, conformábamos un ejército que iba a ganar batallas soñadas... Pero cuando llegó la hora, las batallas no eran como las pensamos y las diseñamos en maquetas. El monte esconde a los unos de los otros mientras se pelea. Durante el combate todo se figura. Se siente el ruido de los tiros y hay que adivinar de dónde provienen, quién dispara. Inventar el soldado que está del otro lado, imaginar su posición y lo que piensa, lo que ve... su miedo es nuestro propio miedo. Lo único en lo que no se piensa es en la vida. La vida se suspende durante el combate. El dedo acciona el gatillo, la mano parece de hierro como el arma. Huele a pólvora, a tierra, a palo podrido, a árbol herido...

La selva es húmeda, nunca se seca. El agua canta, suenan las gotas al caer, las ranas croan, silba el silencio. La noche es oscura, oscurísima y llena de ruidos. Toda elase de ruidos que impulsan la imaginación hasta el delirio, uno puede entloquetcer. La noche engaña. En el monte se pierde el principio de realidad que uno acostumbra establecer con el entorno en las ciudades. Quizá para un campesino es diferente.

Huele a tierra mojada, a musgo... mi abuelo me enseñó cuando aún era muy pequeña a disfrutar de la naturaleza. La imagen del abuelo lograba tranquilizarme... pensaba en las mariposas, las quebradas y los renacuajos, nuestras incursiones bosque adentro... el olor a madera recién

asegurada, todo era acogedor. Observaba los insectos e imaginaba que yo era uno de ellos...hilaba historias, me iba tras el mundo de la fantasía. La niebla me gustaba muchísimo, fijaba mis ojos en ella, mientras pasaba frente a mí y veía figuras, como si fueran nubes. Pasaba largo rato... Un día hice lo mismo mientras estaba de guardia en un páramo, cuando entrenábamos con Iván Marino. Tuvieron que venir a buscarme, mi turno se pasó sin darme cuenta, por estar jugando. Fue en una de mis primeras prácticas, como en 1971.

Durante ese tiempo en el cual se activaron los recuerdos atropelladamente, me permití sentir todas las emociones que llegaban con las imágenes del pasado. Un período de mucha exaltación, porque en la alegría de re-vivir momentos tan intensos también estaban la añoranza y la ausencia. Un proceso angustioso porque más de la mitad de mis recuerdos terminaban en llanto. En 1989 ya eran muchos los muertos y desaparecidos de nuestro movimiento. Por eso, la muerte era un tema recurrente en los primeros escritos.

El profesor Arocha revisaba los materiales y hacía preguntas que me llevaban a reflexionar sobre nudos temáticos, alrededor de los cuales escribía utilizando la información recopilada y así retroalimentaba el proceso de construcción de memoria. Al año de utilizar de manera sistemática la técnica del *Diario intensivo*, los ejercicios de evocación y los arqueos todavía eran dolorosos. No podía distanciarme del todo, ni dejar de conmoverme ante la información, porque eran mi vida ese montón de fichas y papeles esparcidos sobre el escritorio. Pero seguía consignando todo el ir y venir, la *oscilación* de la cual habla Mónica Espinosa, como el fluctuar dentro de impulsos contradictorios al acercarme y establecer distancias con varios segmentos de mi vida pasada.

Para entonces, el profesor me sugirió entrar de lleno en la fase de ordenamiento de los datos. Con ese fin, propuso un esquema etnográfico que me permitiera trabajar temáticamente —el entorno, la gente, el vestido, los instrumentos de trabajo, el ciclo vital—. Lo intenté en múltiples ocasiones y no resultó. Releía una y otra vez los escritos y los ubicaba en el fichero bajo un título temático, pero como cada ficha o papel contenía información múltiple, terminaba sin saber dónde colocarlo. Mi problema era ¿cómo armar el rompecabezas? Creo que el esquema etnográfico, como yo lo concebía, dificultaba la fluidez del relato.

Sin dejar de escribir, desistí de ordenar y me dediqué a entender el proceso que vivía y que se había evidenciado cuando rompí

el silencio y el secreto que rodeaba mi vida. Escribir, contar, hablar con el profesor primero, y luego con otras personas, permitía que contrastara mi vida con otras vidas, con otras concepciones de la existencia, que entrara en interrelación, que interlocutara con el entorno inmediato y me entendiera en las diferencias y cercanías con los demás. Entonces, comprendí la insistencia de Jaime Arocha cuando preguntaba «¿Qué me hacía distinta de otros? ¿cómo había aprendido a *ser así?*» o quizás, ¿cómo había llegado a ser competente en la cultura de la clandestinidad? Era evidente que sin establecer las diferencias y cómo las había aprendido, no podía desaprender, y esto me condenaba al limbo de no ser ni de allá, de donde había salido, ni de acá, donde intentaba llegar. Continué sin prisa buscando material en los recuerdos e hilvanando la vida.

La pregunta de *cómo había aprendido* rondaba mi cabeza día y noche. Un sueño me dio la clave para empezar a entender:

Me encontraba en el patio de una gran casa de campo rodeada con cerca de piedra, había mucha gente como recién llegada. Yo buscaba mi equipaje entre el gentío. De pronto, vi a Fayad, era él pero con la figura corpulenta de Bateman. Lo abracé y le dije cuanto lo quiero, sonrió sin mirarme. Su proximidad me hizo sentir muy a gusto. De pronto, hubo conmoción, una mujer colocó una bomba, todos gritaban que la detuvieran, se sentía el miedo. Fayad y yo nos miramos y corrimos hacia el mismo sitio, buscamos en un rincón de la cerca, entre las matas. Encontré una granada gigante de color naranja, la lancé con fuerza más allá de la cerca. Fayad continuó a mi lado, le pregunté por qué los dos reaccionamos de la misma manera, y supimos dónde buscar. ¿Será porque recibimos el mismo adiestramiento? El sonrió otra vez y me estrechó contra su costado. Me desperté con la sensación de su afecto.

Allí estaba un elemento fundamental que hacía efectivo nuestro aprendizaje, la metodología del aprender haciendo iba acompañada por los lazos de afecto, de admiración y respeto entre el tutor y el principiante. Se comprende más fácilmente si se confía plenamente en el maestro. Luego, en el sueño se representaba también la importancia del lenguaje gestual, bastaba una mirada para saber lo que el otro quería comunicar. En las comunidades cerradas, en medio del silencio y el secreto, el gesto cobra una importancia clave. Y por último, permanecer alerta implica agudizar la observación sobre el entorno, de manera que se captan movimientos que para otras personas pasan desapercibidos, por eso supimos dónde buscar. Ambos vimos algo extraño en la acción de la mujer al colo-

car la bomba. El sueño develaba elementos del aprendizaje para sobrevivir en la clandestinidad.

Otro de esos elementos, el que más dificultades abonaba a mi cotidianidad, era la manera de resolver los conflictos afectivos o laborales. El mío era un esquema de guerra aplicado a las diferencias de la vida diaria. Cuando no se podían realizar acuerdos, fácilmente yo polarizaba las posiciones y aplicaba la táctica de aniquilamiento. Rompía, que era una manera de destruir al otro, de acabarlo, de terminar de un tajo el conflicto. Desconocer, borrar, negar, echarlo todo por la borda era mi manera de solucionar una diferencia rápidamente. Efectivo pero doloroso. Me costó mucho, primero entender por qué actuaba de esa manera y, luego, transformar la actitud. El mundo que me rodeaba no estaba en guerra.

También tuve que guardar las normas de seguridad en la despena y dejar de pasearme con ellas bajo el brazo para superar la desconfianza en quienes no pertenecían al grupo. Hasta las preguntas que hacía el profesor Arocha llegaron a parecerme sospechosas: ¿Por qué se aproximaba al secreto, por qué deseaba descorrer el velo? Su interés en mi intimidad militante me causaba más pudor que si preguntara sobre mi sexualidad. Indudablemente tenía bloqueos, pero poco a poco salí de mi concha para reconocer los alrededores hasta cobrar confianza.

Hasta mucho tiempo después no comprendí la profundidad de los cambios que debía afrontar. Cambios en buena parte positivos, otros, definitivamente insalvables, como ese de vivir sin un proyecto que subordinara todas las demás actividades vitales como lo hizo el que orientó nuestra actividad militante. La vida parecía vacía, insípida y superficial, sin una misión clara.

DESPUÉS, EL TIEMPO

Un día, casi por azar, encontré que el tiempo podía ser un eje ordenador de la información. Sucedió cuando me vi obligada a convalecer durante veinte días en mi apartamento. El aislamiento y el encierro suscitaron los recuerdos que creía más perdidos, los de la cárcel. La narración cronológica, la secuencia temporal, no sólo facilitaba la labor, sino que permitía la construcción de un relato con sentido, es decir, en él, yo podía re-construirme en la medida en que contaba mi historia.

Así comencé a escribir mi historia de vida, a hacer una autobiografía.² Con cierto rubor, porque no acostumbraba a hablar en primera persona.

Para 1992, dos sucesos afirmaron mi decisión. El primero, contar a Alonso Salazar apartes de mi vida para su libro *Mujeres de fuego*, publicado un año después, y el segundo, asistir al *Seminario Internacional sobre el Uso de las Historias de Vida en las Ciencias Sociales: Teorías, metodologías y prácticas*. Ambos hechos fueron decisivos, el primero, porque aceptar que el testimonio apareciera con nombre propio significó afrontar de cara a todos mi condición de transgresora de un orden establecido y entender que mi historia podía ser representativa de una colectividad que jugó un papel importante en la vida nacional durante más de una década. Frente a Alonso rompí el dique de silencios resquebrajado desde los primeros ejercicios del Diario y pude reconciliar públicamente pasado y presente. Confieso que sentí mucho miedo, pero ya sin secretos la vida se hizo más liviana. El segundo, porque confirmó mi sospecha referente a que estaba al orden del día la utilización de las historias de vida como metodología de investigación cualitativa en las ciencias sociales.

El relato autobiográfico que yo confeccionaba cobraba vida propia y permitía una mayor distancia con mi pasado. La narración de un tiempo de la vida, de un fragmento pasado, objetivó, de cierta manera, una parte de mí. El tiempo me colocaba a distancia de los recuerdos que iban contribuyendo al entramado de la memoria que elaboraba.

Como explica Michael Angrosino (1989), el texto autobiográfico que hasta ahora ha sido tratado más a nivel literario, también tiene un lugar en las teorías y métodos de investigación social. Entre las narrativas personales, biografías o historias de vida, la autobiografía cuenta con un filón poco explorado todavía como documento de interacción entre el sujeto que cuenta sus experiencias y la audiencia: sus lectores. Esa audiencia intangible y siempre presente, juega un rol vital y creativo en la elaboración de la historia, de ninguna manera es un receptor pasivo de información (Angrosino

² Según Michael ANGROSINO, la autobiografía es un recuento narrativo de la vida de una persona, que él o ella, ha descrito o grabado personalmente. En: *Documents of Interaction: Biography, Autobiography, and Life History in Social Science Perspective*. Gainesville: University of Florida Press., 1989.

1989). El posible lector interviene en la ruta de elaboración de la memoria y hace parte del proceso de interacción entre investigador e investigado. Es importante definir para quién o quiénes se narra. En mi caso escogí, primero, a los interesados en la comprensión de la problemática insurgente, luego pensé en mi hijo menor, para quien mi opción de vida es un estigma, y luego, creo que valdría la pena llegar hasta quienes nos excluyeron porque creyeron en estereotipos.

En varios momentos del relato tuve que utilizar la consulta bibliográfica y de prensa para apoyar la memoria (Patricia Lara 1982, Olga Behar 1985, *El Tiempo* y *El Espectador* 1981-1989). También confronté mis recuerdos con los de otros compañeros y compañeras con quienes habíamos compartido eventos durante la militancia. Al contrastar versiones se evidenciaban las múltiples maneras de interpretar la realidad que tienen los sujetos. Opté por dejar mis relatos con la descripción parcial de los acontecimientos, porque, al fin y al cabo, era mi versión: mi memoria.

Por ejemplo, Susana no recordaba que ella cantaba boleros mientras nos mantuvieron con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda durante los interrogatorios en plena selva del Mira. Y para mí, ese suceso cobraba una importancia fundamental porque representaba una fuerza insólita, como un conjuro contra la muerte, un canto a la vida.

LA MEMORIA COMO ARTEFACTO CULTURAL

En el relato autobiográfico la audiencia participa en la definición del uso de la memoria. La memoria tiene una intencionalidad, es manipulada, se construye con fines conscientes o inconscientes. La memoria es cambiante, negocia sentidos con los posibles lectores. Contarme para otros, narrar mi vida con la intención de hacer un buen cuento, me llevó a buscar en los eventos pasados, más allá de la realidad, la construcción de un discurso con sentido. En torno a ese sentido, resignifiqué el ser guerrillera como un proceso complejo que implica muchas otras facetas para ubicarme en el terreno político con una carta de presentación válida frente al futuro de convivencia democrática. La memoria rescata de los recuerdos pasados una identidad o identidades en función del presente, por eso tiene potencial de cambio. Se recuperan elementos del pasado (tradiciones) para legitimarse, para ser reconocido como grupo o

como individuo. Al decir de Todorov (1996): «Si se llega a establecer de manera convincente que tal grupo ha sido víctima de injusticia en el pasado, esto le abre en el presente una línea de crédito inagotable». Yo agregaría que fundamentalmente en el terreno simbólico. Allí radica la fuerza de la memoria en la construcción de identidades individuales o colectivas que buscan posicionarse socialmente.

En la autobiografía se elabora una memoria para algo o para alguien. En ese sentido, no hay memorias ingenuas, la memoria cultural tiene una finalidad, un poder, en tanto reconstruye el pasado para exigir reparación a la exclusión. La construcción discursiva busca la potenciación del sujeto para entrar en una negociación que rompa las asimetrías sociales. En esa negociación, la fuerza de la identidad es uno de los más importantes referentes mediante el cual el individuo o el grupo buscan reconocimiento dentro de un orden que los ha negado hasta el momento. En mi caso hay un aspecto que considero necesario mencionar, la memoria cultural no es homogénea, tiene fisuras, una de ellas en relación con la identidad de género. Ser mujer, en un campo evidentemente masculino como el de los ejércitos, es muy conflictivo. De alguna manera, al relatar mi vida fui descubriendo algunos elementos del ser mujer en una organización armada, que cuestionan el poder que dentro de la organización nos invisibilizó, negó nuestro protagonismo y, en el mejor de los casos, destacó virtudes compartidas con los roles tradicionales asignados a las mujeres.

Las memorias oficiales manejan el olvido para ocultar a personas o a sectores sociales e imponer su versión legitimadora. Pero, desde los excluidos también se construyen memorias que interpelean al poder. Hoy en día, las mujeres, los negros, los indios y los jóvenes, anteriormente invisibles para el conjunto del país, se han propuesto llenar de palabras sus silencios y recuperar sus historias como parte del proceso de construcción de identidad y de búsqueda de reconocimiento social.

El texto autobiográfico como recuento de la vida de una persona, es una construcción donde lo relevante no es reproducir exactamente los hechos sino indagar por los patrones que llevan a la distorsión de esos hechos, encontrar el significado del trabajo de la memoria. Como dice Pilar Riaño: «La memoria se entiende como un campo en renovación y construcción continua que está contro-

lado por la voluntad humana».³ La memoria está viva y se re-crea desde el presente en una relación dialéctica entre olvido y recuerdo. Allí reside su potencial de cambio.

El olvido realiza su trabajo en la memoria, puede ser fuerza devastadora, salvadora o renovadora, actúa como límite para el recuerdo, es a la vez sabio y cruel. Por eso, la memoria se muestra como espacio contradictorio y a la vez creativo.

En mi caso, elaborar una memoria autobiográfica implicó repensar mi identidad para enfrentarme a un presente hostil lleno de contradicciones entre la realidad y las expectativas implícitas en el retorno a la vida legal. Aquí la memoria actuó como fuerza vital porque pude recuperar lo positivo, en medio de tantas pérdidas, para salir de la tristeza y la incertidumbre en que estaba sumida. La memoria tenía una primera demanda, hilvanar una etnografía. Creo que, entenderme como parte de una historia y heredera de una cultura le imprimió valor a una actividad como la subversiva, socialmente satanizada y, simultáneamente, le dio valor a mi vida. Memoria e identidad se interrelacionan en la narración autobiográfica de manera dinámica en ese proceso de potenciación que me impulsa a buscar un lugar en la sociedad sin renegar de mi pasado.

UN HILO QUE TEJE LA VIDA

La mayor dificultad consistió en dar por terminado el texto autobiográfico, poner un límite temporal, a riesgo de pasarme el resto de la existencia como Aureliano Babilonia en *Cien Años de Soledad*, cuando encontró los pergaminos de Melquíades donde estaba escrito su destino y «empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado».⁴ Todo, porque el texto era algo vivo que interactuaba conmigo de manera distinta, cada vez que me aproximaba. Siempre lo retocaba, destacaba even-

³ Pilar RIAÑO. "Modelando recuerdos y olvidos". En la revista REOJO No. 3. Colcultura, Diciembre 1996.

⁴ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ. *Cien Años de Soledad*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 18a. edición colombiana, diciembre de 1989. Pp. 325.

tos, suprimía otros, agregaba cosas. Se había convertido en una historia interminable.

Cuando puse punto final al relato autobiográfico con un tope ubicado en mi decisión de retirarme del Eme a finales de 1989, me sentí un poco más liviana. Creo que esa sensación la debo a que elaboré buena parte de mi pasado, que me re-hice en él con alguna coherencia. Escribir fue como dibujarme en una sola hoja, como hilvanar la vida, encontrar la manera de reconciliar pasado y presente. Fue también una manera de romper la clandestinidad en la cual mantenía la mitad de mi vida, develar una memoria que estaba codificada en clave de silencios y asumirme como soy.

En la autobiografía me entendí como proceso, en mis continuidades y discontinuidades, en mis contradicciones, en mis cambios y permanencias. En la memoria autobiográfica los olvidos, las incoherencias, las inexactitudes, las distorsiones o falsos recuerdos, como llama Buñuel en su autobiografía a la imaginación que invade la memoria, siguen algún tipo de patrón. En conclusión, la narración autobiográfica contiene una memoria elaborada con el fin de presentarse públicamente.

Sin duda, el *Diario intensivo* juega un papel importante, no sólo al comienzo del trabajo cuando desata los recuerdos y pone sobre la mesa la materia prima para la elaboración del relato de vida, sino durante el proceso de manufactura de la memoria. La imagen, el lenguaje iconográfico al que concede tanta importancia la metodología, también posee memoria. El Diario permite el autosoñado de la memoria cultural como afirma Benjamín Jacanamijoy (1995) y es un instrumento reflexivo por excelencia que mantiene la tensión entre experiencia y reflexión. El investigador se reconoce plenamente en la dimensión subjetiva y a la vez logra distanciarse en la interpretación de su propia experiencia porque el instrumento facilita la alteridad.

EL FINAL

Con mi autobiografía intenté conjurar el olvido de una colectividad política o de unas ideas que dieron sentido a muchas vidas y que se pierden en la memoria y en la historia oficiales. Pero tal vez, simplemente fue una manera de situarme frente a mí misma.

Conté una vida anónima que relaciona una época, una sociedad percibida desde el mundo de la Universidad Nacional, una opción

juvenil, las costumbres y aprendizajes dentro de una colectividad política, el ser mujer entre las armas, la resistencia en la cárcel y las incertidumbres del retorno a la vida civil. Cuando una persona narra su vida y otra u otras la escuchan o leen, la protagonista siente que existe: se siente. Ese, por sí sólo, es para mí un argumento que valida la autobiografía.